

(En la lectura de la Lección que se realizó durante la Inauguración del Curso Académico 2011-2012 se modificó ligeramente la Conclusión, añadiendo un texto del Beato Juan Pablo II y una breve acción de gracias. A continuación se incluye la Conclusión tal como se leyó el día 21 de septiembre de 2011)

Conclusión

La embriología nos ha mostrado la admirable autoconstrucción del ser humano. Una autoconstrucción establecida ya en el momento de la fecundación, que muestra una continuidad sin saltos desde el cigoto hasta el anciano. Seres humanos capaces de relacionarnos con el entorno, ya desde nuestro fenotipo cigoto.

Todos los aquí presentes hemos sido jóvenes, todos hemos sido niños. Todos hemos sido fetos y, antes, todos fuimos embriones. Todos hemos sido cigotos. Hace 45 años yo fui un cigoto precioso. Único. Si aquel cigoto se hubiera malogrado, yo no estaría aquí pronunciando esta lección magistral. Habría, seguro, otro doctor. Pero no yo. Yo soy único.

Y cada uno de ustedes es único. Irrepetible. Excepcional y único.

Como únicos eran los 111.482 embriones y fetos que en el año 2009 fueron destruidos en España. Más de 10.000 en la Comunidad Valenciana. Cada uno era único. Irrepetible. Insustituible. Como también eran

únicos todos los embriones a los que no se les permitió implantarse, y de los que ni siquiera conocemos el número...

Negar que son, que fueron seres humanos es negar la verdad científica. Misión nuestra como garantes del conocimiento científico y testigos de la Verdad es defender esta verdad. Nuestros alumnos tienen derecho a escucharla y conocerla. La sociedad tiene derecho a escucharla y conocerla.

Recuerdo las palabras de un autor del siglo primero, palabras escritas hace tanto tiempo y que sin embargo resultan amargamente actuales:

“Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grandes: es Raquel, que llora a sus hijos, y no admite consuelo, porque ya no existen” (Mt 2, 18)

Cada vida perdida es llanto y lamento, porque cada vida es única.

Cada cigoto humano, cada embrión humano, cada feto humano...Cada ser humano guarda un secreto maravilloso. Un milagro escondido. Un milagro apenas desvelado. El misterio de la vida, que hemos contemplado.

Vida escondida en el seno materno, pequeña, silenciosa.

Vida desbordante en la juventud, creativa y creadora.

Vida sufriente en la enfermedad, en la ancianidad, en la muerte, que es crisol de toda vida.

Vida que merece ser cuidada siempre, valorada siempre, defendida siempre.

Porque la vida es siempre una buena noticia, un auténtico evangelio.

Por eso me uno al ruego que el Beato Juan Pablo II, al final de la Encíclica *Evangelium vitae*, dirige a aquella que supo acompañar al Señor de la Vida, desde su propio seno hasta la cruz:

“...que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el Evangelio de la vida.
Alcánzales la gracia de acogerlo
como don siempre nuevo,
la alegría de celebrarlo con gratitud
durante toda su existencia
y la valentía de testimoniarlo
con solícita constancia, para construir,

junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios Creador
y amante de la vida.”

(Carta Enc. *Evangelium Vitae*, n. 105)

Por eso quiero dar las gracias a cada mujer que
ha dejado crecer en su seno la vida, a cada hombre que
ha sabido acompañarla y protegerla, a cada familia que
ha recibido en su casa un nuevo hijo. Doy las gracias
por cada niño engendrado, por cada niño nacido, por
cada niño adoptado, por cada niño acogido.

Por cada sonrisa.

Gracias.